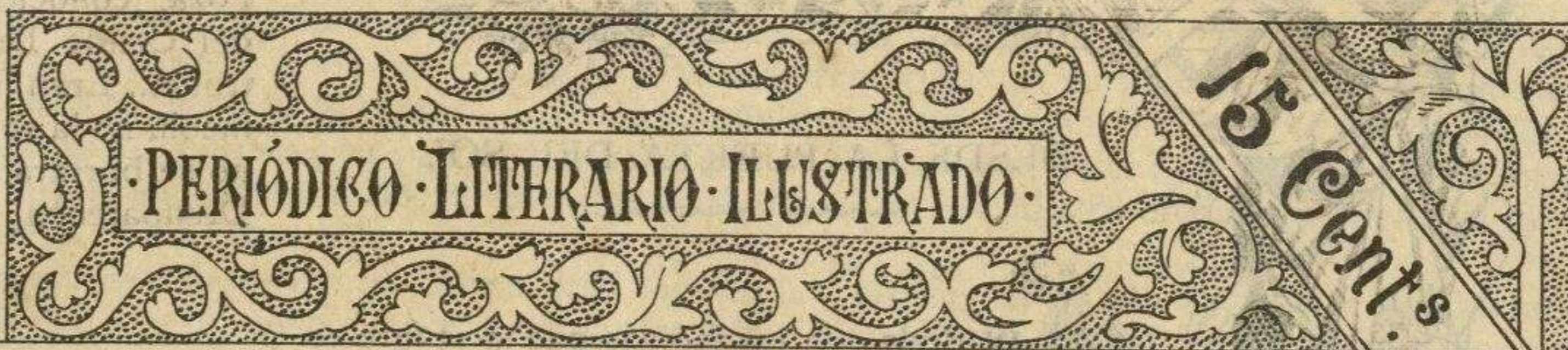
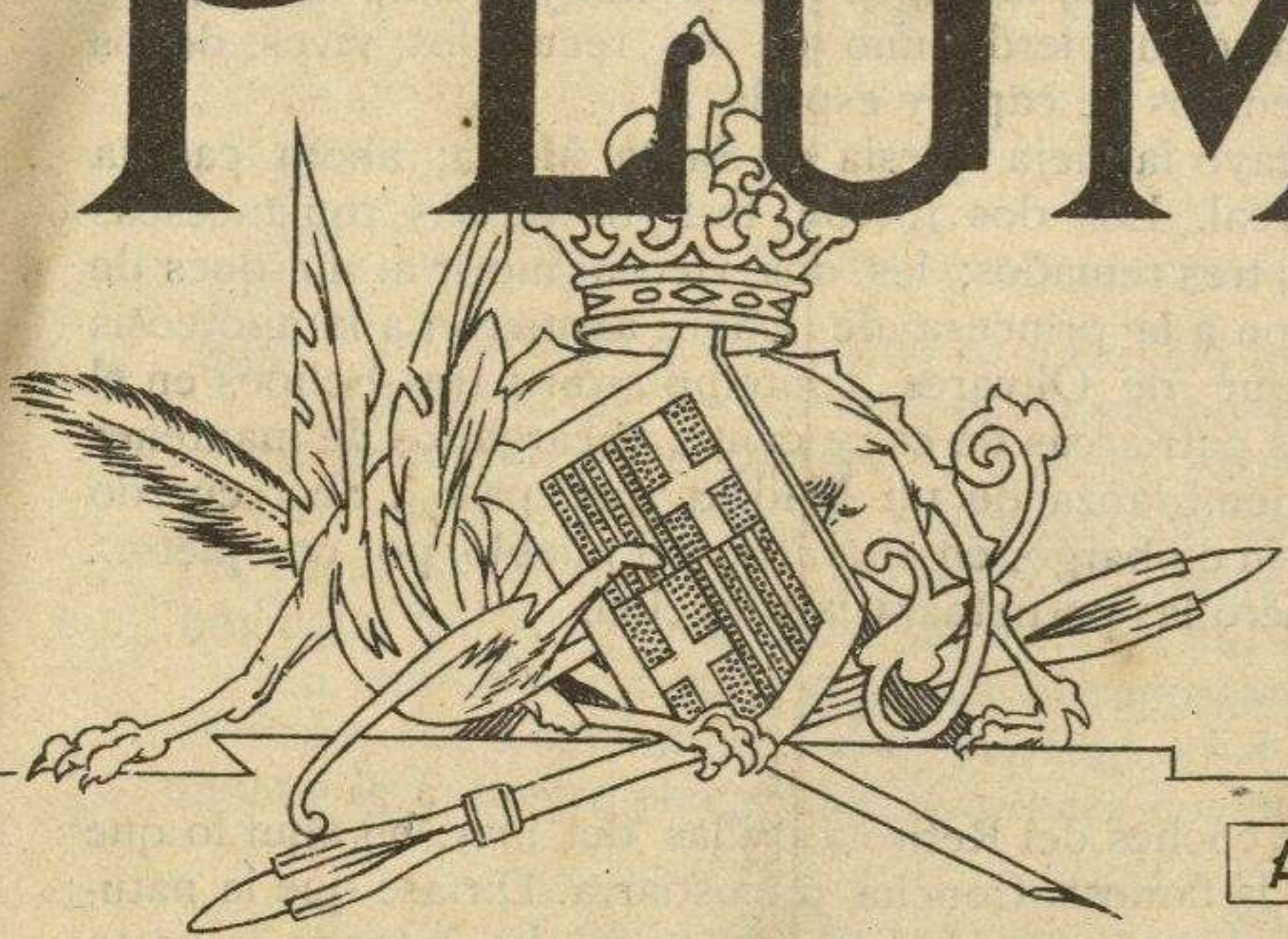


PLUMA Y LAPIZ



ADMINISTRACION-BUSQUETS HERMS - CALLE DEL OLMO Nº 8.

Puente



FLORES DE ESTIO



DESDE LA PUERTA DEL SOL

SIN duda con las fuerzas que la sangre cobra oreada por las brisas del mar, todo se vuelven proyectos para el invierno, al regreso de los excursionistas veraniegos. Durante los meses estivales se fué la vida en una dulce soñolencia de cigarra; de pronto, ante la realidad de la vuelta, se siente el hombre algo hormiga.

Hace unos días viénesse hablando de que la famosa plaza de Madrid se concluirá el actual año definitivamente, llevándose á otro lado á la inviolable Cibeles, que tantos Don Quijotes tuvo á su defensa, cuando se trató de trasladarla en los días de Bosch. Pero de lo que no se dice una palabra, y de seguro la Memoria constará en los Archivos municipales, es del proyecto del benemérito alcalde, de construir una segunda gran plaza en la desembocadura de la Carrera de San Gerónimo, y una tercera en la de Atocha, ésta necesaria, imprescindible para dar á aquel vestíbulo de Madrid el desahogo que requiere. Sueños, sueños y sueños... dirán las gentes, parodiando á Shakespeare, por supuesto, la media docena que lo hayan leído. Y, sin embargo, la obra, además de producir una mejora que se impone, proporcionaría trabajo á miles de obreros hoy sin un pico con que ganarse un pedazo de pan. ¡Que no hay dinero!... La muletilla de siempre. Las grandes empresas se han realizado siempre con crédito... ¡Ah!... Pues por ahí se empieza: por recobrarlo...

* *

- Las de Perez... Para servir á Vdes., señoras más...
 —¿Cómo está Vd.?
 —Perfectamente... ¿Conque ya de vuelta, eh? ¡Como se les ha pagado á Vdes. el soll... Laurita viene más repuesta, y Pura muy tostada...
 —El aire del mar...
 —¿Dónde han pasado Vdes. el verano?
 —En las Arenas...
 —(Y no miente mi hija, porque ¡más arena que en la Mancha!)
 —¿Se han divertido Vdes. mucho?
 —¡Muchísimo!... Nuestro plan era ir á Biarritz, pero no nos hemos atrevido por el cólera...
 —Era expuesto, sí... Pero Doña Francisca: ¡y esa señal que tiene Vd. en la frente?
 —Calle Vd., si pude matarme... Un golpe que me dí á consecuencia de haberse desbocado una mula con el trillo...
 —Pero... ¿En las Arenas se trilla?...
 —No... (Ya he metido la pata.) No me ha entendido V. bien...
 —Este Trillo á que se refiere mamá, son los baños de su nombre...
 —Eso es; fué una expedición de recreo que hicimos en diligencia, de las Arenas á Trillo...
 —(Pues hacer es)... Vdes. siempre tan intrépidas...
 —No conocemos el miedo...
 —Verdaderamente que eso se evitaría estableciendo un ferrocarril de vía estrecha entre Trillo y las Arenas... Ea, pues siento el percance... (No han pasado de Ocaña...) Y bienvenidas...
 —Quede Vd. con Dios...

* *

Ha comenzado el derribo del viejo casar de ladrillo, donde se hallaba instalada la armería real; seguramente aquellos muros venerables, turbados en su reposo por la piqueta, se han estremecido; si los obreros que los han asaltado se fijaran, oírían quejarse algo, como un suspiro débil. Allí, en la vetusta fábrica, hallábase petrificado un siglo; el mismo palacio fronterero databa de una época posterior, y, sin embargo, el arcaico edificio persistía con su eterno y simpático anacronismo, con su grave fisonomía y su austeridad de líneas de la centuria diez y siete, pidiendo á voces un farol de acei-

te colgado de una cuerda y un centinela tudesco con su alabarda. La reforma es necesaria; lo exigen la armonía y la amplitud del lugar, pero la población pierde uno de sus recuerdos vivos, de los caballerescos tiempos de capa y espada.

Hace años cayó la vieja iglesia de Santa María; ahora cae la vieja Armería real. Los dos fueron testigos de las romancescas aventuras de los tres reinados; los dos vieron morir al marqués de Poza, conocieron á la princesa de Eboli, asistieron á la apoteosis del Conde Duque de Olivares, contemplaron á tres Felipes en el trono... Eran los patriarcas de cal y canto, encargados de mantener incólume la remembranza de un Madrid que pasó... Su recuerdo no se borrará, sin embargo, en el ánimo del pueblo, por completo... Desaparecen, pero las perpetuará la tradición.

* *

El paseo de coches del Retiro á orillas del mar: hé aquí lo que es en sustancia la famosa Concha donostiarra. Diríase que la naturaleza presintió el escenario de la moda, y así ha trazado la costa en forma de un inmenso semicírculo, capaz de contener á la vez miles de bañistas. Es un duo encantador, que dura toda la mañana, de olas y de risas de mujer; la vista vá de las cenefas de blanca espuma de la marea, á las siluetas cimbreadas de las damas, ataviadas con estricta sujeción al último figurín. Los cabellos rubios luchan con las ondas de plata. Cientos de casetas blancas al borde del agua; cada una es una acuarela que representa el movimiento de Venus. Hé aquí la nota de la playa: el desnudo correcto, velado hasta cierto punto por el pudor que ha inventado la capa de hule. Y que se lo digan sino al satiro de sombrero de paja y botas de piqué, que anda de aquí para allá, asestando los gemelos de teatro á las deidades del estío...

* *

Un cazador rico, y dueño de un soto, se encuentra á un condiscípulo, también aficionado, pero tirándole más la afición á la bohemia que á la escopeta.

—¿Dónde has pasado el verano?—pregúntale éste.

—En el monte,—responde aquél, añadiendo:—¿Y tú?

—También en el monte...

—¿En el de López?—agrega el amigo, aludiendo á un vedado al que solían ir juntos. Y el bohemio responde en voz baja, con sorna:

—En uno que se abrió de ocultis en la calle de Alcalá, y en las propias barbas de la policía.

ALFONSO PEREZ NIEVA



A UNO... DE TANTOS

Hánme dicho, Juan, amigo, que los amigos te llaman, por tu bautismo, Juan Perez, por tus acciones, Juan Lanas.

Casado con hembra hermosa, hánte dado nombre y fama complacencias de marido y cegueras voluntarias; que si en casos de hora tales es disculpa la ignorancia, quien lo sabe y no lo impide dobla culpas... y algo gana.

Con la cruz del matrimonio no has podido por pesada, y has buscado un Cirineo que te ayude á soportarla. ¡Muy bien hecho, vive Cristo! Lengua corta, vista parca, complacencia sin medida, mucho *pesqui*... y pecho al agua, que si dicen... lo que dicen, y si charlan... los que charlan, tú el fin logras que pretendes: lucras, Juan, y santas Pascuas.

Siempre que á tu esposa nombras, dices «mi media naranja», y es exacto apelativo y es afirmación exacta, que es mitad tuya y mitad de quien bien su parte paga.

«Mi cara esposa» la dices, y no es cierto lo de cara, que, según tu traza y modo, te sale más bien barata.

«Qué es muy querida de todos» dices, á más, alabándola. Lo de *muy* yo lo suprimo; lo de *querida* me basta; lo de *de todos*... yo creo que será una andaluzada. ¡No exajeres, no exajeres, Juanito de mis entrañas!

Ser deseas actor cómico, y á ello dedicas tus ansias, resolución que, sabida, ni me choca ni me extraña: ¡quien como tú piensa, es fuerza que al fin *remate en las tablas!*

Con el honor lucrar tú, no es negocio, que es estafa; que si con el honor lucras, con lo que no es tuyo tratas.

Y basta, que, según noto, sale mi epistola basta. Conste que no digo: «adios», que te digo: «hasta mañana». Y... ya ves: yo, por lo menos, te pongo con *h* el *hasta*, ¡que no todos te lo ponen con las letras necesarias!

JOSÉ F. DE LA REGUERA



EN PÚBLICO Y EN PRIVADO

I.

EN los círculos elegantes de la corte, era objeto de animadísimos comentarios, (según frase estereotipada para los sucesos callejeros), la comida que los *clubmen* más distinguidos de la corte, y que á la vez eran célibes más recalcitrantes en la misma, verificaban anualmente en uno de los saloncitos del Casino, con objeto de celebrar la santa independencia en que permanecían, hacer profesión de fé de seguir en tan encantador estado y brindar, con las copas del *Champagne* hasta los bordes, por la emancipación del hombre, ante los tentadores encantos del sexo bonito. ¡Guerra á la mujer! era el lema de aquellos aristócratas encanecidos en los salones del Círculo, del cual formaban parte tan integrante como sus divanes, sus mesas de tresillo y su *comptoir*.

En una de las citadas comidas, el viejo camarero que desde tiempo inmemorial las servía, notó que cada año disminuía notablemente el número de comensales; unos morían, otros viajaban y no pocos ¡horror! habían cedido á los placeres que ofrece el matrimonio. Solamente de la ilustre pléyade de solterones que comían juntos una docena de años atrás, habían permanecido fieles á su bandera y constantes á sus propósitos, un general de amascarado y rojizo semblante, curtido, sino en los campos de batalla, en los *montes* del Casino; un diplomático francés que había tomado carta de naturaleza en el mismo círculo, y un conde que estaba condenado, según él, á Club perpétuo, pero del cual no sabía separarse «por no caer en manos de alguna mujer».

El final del último banquete celebrado por los restos de aquella generación de solteros, fué tan estruendoso como podía serlo tomando parte en él tres únicos camaradas. Hubo chistes de todos colores, chanzonetas en todos los tonos y epigramas de todas las categorías, á la memoria de los antiguos cofrades. Dieron el último sorbo al cognac, encendieron las brevas y después de jurar odio eterno á las mujeres, se colocaron los gabanes, y cada cual tomó rumbo y caminos distintos.

II.

Eran las once de la noche y los salones de la Marquesa *** estaban deslumbradores de luces, flores, encajes, gasas y sobre todo de bellezas femeninas. Los hombres en torno suyo parecían mariposas al rededor de la luz. Mi obligación de cronista me imponía el derecho de ser indiscreto y la obligación de husmear por los rincones de la casa cuantos detalles pudieran servirme para relatar aquella fiesta minuciosamente y en persecución de ellos penetré en un gabinetito que por todos sus lados respiraba amor. En uno de los ángulos se hallaba una pajarita deliciosamente cogida del brazo. La muchacha era un verdadero querubín; no hacía más de unos meses que habría sido presentada en el mundo; el mancebo... ¡sorpresa más grata!... no era tal mancebo, si no el propio general en persona, pero tan meloso, tan enamorado, tan rendido, tan dulzón, que un cadete hubiera parecido á su lado el verdadero general.

El invierno y la primavera se habían encontrado, y el invierno se derretía.

III.

Los vecinos de cierta casa no muy distante del Círculo, habían dejado de saludar y tratarse con *la* del principal por sospechar de su conducta privada. Decíase que un viejo diplomático la visitaba nocturna y asiduamente y que aquel piso, coquetonamente dispuesto, era un verdadero foco de escándalos, por los que á diario armaba la picarona aquella al pobre señor, que la quería como á las niñas de sus ojos, á juzgar por los gastos que con ella hacía y los mimos con que la trataba.

La vecindad se permitía decir que el viejo era un señor francés, antiguo diplomático y que por causa de la *señora* no había vuelto á su país; que ella le motejaba constantemente llamándole achacoso, gruñón, tacaño y *franchute*, en tanto que á él ¡pobrecillo! se le caía la baba de gusto, porque decía que si no le quisiera no se tomaría tanto interés, ni tantos sofocones; que la tal le tenía arruinado y que él si jugaba en el Casino era para atender los caprichos todos que le pedía y que ¡en fin! hay mujeres con mucha suerte y hombres que sin parecer tantos, lo son.

IV.

En el cuarto de soltero que poseía el Conde de... en los altos de la calle de Alcalá, se desarrolló á la mañana siguiente de la noche del banquete de marras una escena curiosa, entre el anciano aristócrata y su elegante ama de llaves.

—Esto no puede seguir así,—decía ésta;—la vida que V. trae no *nos* conviene. ¿Dónde estuvo V. hasta tan tarde anoche?

—Ya lo he dicho, en el Círculo.

—Círculo, círculo... no estará mal círculo. Desde hoy queda suprimido ese gasto.

—Bueno.

—El sastre ha traído dos trages, pero como V. ya tiene los del año pasado, he hecho que se los vuelva á llevar.

—Corriente.

—He dicho á Juan, el cochero, que no vuelva á enganchar el tronco de yeguas, porque se constipan con mucha facilidad.

—Está bien.

—He enviado recado á la Contaduría del Real, diciendo que V. deja el abono y pueden, por lo tanto, disponer de la platea.

—¿También eso?... Conforme... ¿Y V. sale?

—Sí, tengo ya engancha la berlina; voy á pagar á la modista unas cosillas y á comprar unas frioleras para mis sobrinillos, y á llevar mis ahorros al Banco... Hasta luego.

¡Ah! Si no he vuelto para la hora de almorzar, que no me esperen... y si llaman á la puerta, haga el favor de abrir, porque los criados están de paseo.

V.

Ha transcurrido un año justo.

Dos mozos de galoneada librea charlan á la puerta del Casino.

—Sí, Perico, estas comidas no son ya ni sombra de lo que fueron... Desde hace unos años, los tres señoritos consabidos... Pero ¡que humor el de ellos! ¡Lo que anoche se les pudo ocurrir contra el matrimonio y contra todas las mujeres!... ¡Son más lagartos!... ¡No! ¡La que á ellos les pesque!...

CÁRLOS OSSORIO Y GALLARDO





Felipe II en el Escorial
(Cuadro de Álvarez).

LA COMEDIA HUMANA

I

En la pista, montando á la alta escuela ella un caballo blanco, él uno negro, tendidos ella los cabellos de oro sobre el vestido de color de cielo, y él de elegante frac, que en sombras negras aún da más sombra á su color moreno, disputando una rosa que ella tiene aprisionada en los rosados dedos, jugando con los dóciles caballos y revolviendo los airosos cuerpos, en la reñida y elegante lucha tienen á todo el público suspenso.

El clown, cuando acabado cada asalto tienen que descansar unos momentos, entretiene á la gente buenamente con cómicos y alegres intermedios, dando vueltas y saltos por el aire y dándose porrazos contra el suelo.

II

¡Pobre clown! ¡Casi nunca sabe el mundo que, los que hacen reír por el dinero, mientras ríen los otros, muchas veces, lloran ellos por dentro!

El clown es el marido enamorado de la *ecuyère* del traje azul de cielo, y por unas palabras que no ha oído, por algo que ha observado en aquel juego, en el cual, al quitarle á ella la rosa de los menudos y enguantados dedos, le parece que van á él á arrancarle

el corazón del pecho, está que espumajea por la boca, en saliva candente, hiel de celos, y, como arde de celos y de fiebre, está de ganas de matar sientido.

III

La lucha iba á acabar, como se acaban siempre esas luchas en los sitios esos. Cuando parece que ella está vencida y él toca ya la rosa sonriendo, la *ecuyère*, abatida y asustada, hace un supremo esfuerzo y alza triunfante la aromada rosa, dejando caer el fatigado cuerpo de modo que él, para vencerla en algo, simule entonces que le gana un beso.

Al clown, el beso aquel, que no oyó nadie, le pareció el fragor de un trueno inmenso, y le dió un salto el corazón, tan grande, que, á su empuje potente cedió el cuerpo, y alargando los brazos y mirando al vencido traidor, se echó á su cuello, y cayó, al otro lado del caballo, porque el vencido, al verlo, dobló el cuerpo. —¡Que se repita! ¡Bien!—dijo la gente, rompiendo al punto en un aplauso inmenso, gozando al ver al clown llena la boca de tierra y sangre, de morder el suelo... ¡Y el pobre clown, secándose las lágrimas, reía con la risa del conejo!...

MARCIAL DE LOS RIOS

PESCADORES NOCTURNOS

LOS cazadores poseen dos patrones de primera: Nemrod, el rey Caldeo, y San Huberto, el obispo de Miestricht.

¿Quién es el patrón de los pescadores? Debe de ser San Márcos, ó no hay justicia en la tierra.

No recuerdo si Balzac, en su *Fisiología del matrimonio*, incluyó entre los minotaurizados á los que viven abrasados por la pasión de la pesca; pero si dejó de incluirlos hizo muy mal.

La razón es sencillísima: la caza, en verdad, trae aparejada la ausencia, y con ella el peligro inminente del sol en Tauro; pero es al propio tiempo ejercicio muy activo, muy higiénico, que endurece los músculos, fortifica los nervios y enciende la sangre, y puede, por ende, hacer menos amargo el cáliz de la minotauromáquia.

La pesca, en cambio, es el colmo del sedentarismo, enmohece el cuerpo, cloroformiza el espíritu, apaga los fuegos de la carne, y coloca naturalmente á cualquier cristiano en disposición de que le quemem el morrillo, ya sea al sesgo, ya á la media vuelta, ora al relance, ora al cuarteo.

Para ser verdadero pescador, lo primero que se requiere es go-

zar con las duras mas aún que con las maduras, estar persuadido de que el no pescar es la meta del deliquio ictiológico y de que el aburrimiento constituye la quinta esencia de la voluptuosidad.

Porque pescar donde hay peces lo hace todo el mundo, es lo ordinario. Lo extraordinario, lo que da el diploma de académico de San Márcos, es permanecer extático, en puro arrobamiento, horas y horas, días y días, sentado, en cuclillas, ó echado de bruces sobre un pretil, lleno de agua, lleno de grasa, lleno de pringue, con el alma y el cuerpo bisuntos, mirando al mar y dando de comer gratis á humildes pececillos.

De día y con sol resulta horrible, y sin embargo los pescadores gozan, porque á fuerza de pescar se han hecho paquidermos; y es tal lo que se asimilan de la idiosincrasia del pescado, que los ojos del pescador se vuelven redondos, pequeños é inmóviles, herméticamente inmóviles, lo mismo que los del pez.

Ahora he conocido una nueva clase, los nocturnos, los pescadores macabros, que envueltos en las sombras, tristes, melancólicos y monótonos, traen á la memoria los desolados versos de *Las noches* de Young.

Quien quiera verlos no tiene sinó ir al puente de Santa Catalina, cuando la punta-marea de bajada toca al anochecer, y allí podrá contemplarlos á su gusto, desde que el sol se hunde en el ocaso hasta que amanece Dios.

Pescadormans asombrosos, rodeados de mirones *pelmans*, se pasan allí la noche al fresco, arrojando kilómetros de cordel, con destreza que envidiaran los honderos baleares de Cartago, y ensartando en el anzuelo monumentales sardinas, que las lubinas y las doradas desprecian, y con las cuales banquetean *a piacere*, allá, en el fondo turbulento de las aguas, miriadas de panchos y otros peces de menor edad.

—¿Pican?—se pregunta á cualquiera de ellos.

Y contesta indefectiblemente:

—¡Hombre! Hace cinco minutos que se me ha escapado una lubina. ¡Qué pieza! De cuatro libras lo menos.

Si pudieran colocarse uno tras otro, y hasta amontonados, los peces que se les escapan á los pescadores diurnos, vespertinos y nocturnos de San Sebastián, creo que podrían servir de abono á todos los campos de la República Argentina que, segun cuentan, no tienen fin. Y aún sobraría quizá para ambas Castillas.

Con la esperanza de ver sacar la fantástica lubina que se escapa siempre, he ido al puente una y otra noche, he permanecido allí las horas muertas, y no me he muerto ¡Dios sea loado! porque no soy pescador.

Nada; siempre la misma cosa. Los kilómetros de cuerda que caen al mar llevándose á la monumental sardina ensartada en el anzuelo colosal; la mano inmóvil que sostiene el inmóvil aparejo; pausa de un cuarto de hora; el pescador que dice «¡Ya se la habrán comido los pequeños!», aludiendo á la sardina; los susodichos kilómetros que vuelven á su cauce y muestran el anzuelo reluciente y huérfano de carnada; vuelta á cebar, y vuelta á lanzar la honda que sale silbando y se hunde á media milla.

De vez en cuando, y por el bien parecer, el pescador nocturno da un tirón enorme, y exclama enfurecido: «¡Recóngriol! ¡Vaya una pieza que se me ha escapado!»

RATAS Y CHULOS, POR FIGUER



—¡Tanto orgullo y tanta chistera, y le llevo apandaos lo meaos diez cilindros de fiquel, y no tendrá en la vida dos moléculas de vergüenza pa comprarse un remontuar decente!...



—Pero oye, Ulalia: ¿pero tú tas creído que un hombre de estas hechuras te tié que ir siempre al detrás pa que le otorgues tus favores?

—No, hombre, no; ¡si yo, pa eso, lo que no quiero es que me veigas nunca al detrás!...



—¡Ay, su madre!... ¡Pues no me mira poco aquel del orden! ¡Mia tú que timarse con un timador!...



—Yo te decía que, desde que los maestros se la han cortao, no había más coletas que la mía. Y por eso me apostaba las copas; pero, ¡sin ánimo de ofenderte! ¿sabes?

—Pues por eso te digo yo que no me ofendo; que yo doy por perdida la apuesta, y declaro que no hay más coleta que la tuya. Pero antes has de pagar las copas, ¿sabes?

Mentira, porque ni ha habido tal tirón ni se le ha escapado nada. ¡Y vayan ustedes á preguntárselo á los peces, que me río yo del mentir de las estrellas!

Eso sí; al día siguiente se encuentra el mirón con uno de esos pescadores, y no falla:

—Anoche, en cuanto se marchó V., saqué una lubina tremenda. Nueve libras y cuarterón. La tuvimos que cobrar en la escalera de la Zurriola.

—¡Parece mentira, hombre! No llegaría V. al *boulevard*.

Y salud para verlo, que lo que es yo no pienso regalarme la vista con esas piezas fabulosas y escamantes.

La última noche me quedé horrorizado al presenciar lo que voy á tener el honor de contar á ustedes.

Uno de los pescadores, persona muy conocida aquí, maestro de escuela y maestro, al propio tiempo, en el arte de pescar, *terror dos peces* y de la gente del oficio, que le teme como á rival de mucha cuenta, hombre en fin sumamente simpático y bueno si los hay, estaba cebando el anzuelo con una sardina inmensa.

Metió el gárfio á la sardina por su mitad, se lo pasó después por la cabeza, luego por el rabo, tornó á introducir el anzuelo no sé por cuantas partes, y quedó la sardina plegada y hecha un haz de escama reluciente.

¿Saben ustedes lo que hizo entonces el hombre? La contempló breve rato, se le humedecieron los ojos, se le humedeció la boca, me miró humedecido, y mostrándome primero la sardina y remiéndola luego con devoción indefinible ¡se la comió!...

Aquel horrible caso de ictiofagia me explicó todos los arcanos de la pesca nocturna, del pescador convertido en lubina por medio de la autolubinación.

De ahí viene, sin duda, la diferencia radical que entre franceses y españoles existe para juzgar al pez.

Bête comme un poisson (tonto como un pez) dicen nuestros vecinos. No está mal pez, decimos nosotros para calificar al hombre listo.

Todos los días se aprende algo, digo yo.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI

EL POSTRER VASALLO

Quando el rey Wamba dejó,
ya de las luchas cansado,
el cetro por el cayado,
á sus apriscos volvió;
ni un cortesano siguió
á tan noble caballero;
sólo de otero en otero,
á falta de cortesanos,
iba lamiendo sus manos
su alano, alegre y lijero.
Ante tal demostración
de amor y fidelidad,
la olvidada Magestad
sintió una grande emoción;
y exclamó: «¡Cuan vanas son
las glorias de todo rey!
En tanto imperó mi ley
fui amado; y, en mi destierro,
encuentro en mi pobre perro
más constancia que en mi grey.

»Por no soñado favor,
»de pastor llegué á monarca,
»y al ver que el poder abarca
»solo pesares y horror,
»otra vez volví á pastor,
»y en mi retiro olvidado,
»ser prefiero acariciado
»por mi can, que no me engaña,
»que no ser rey de la España,
»¡por traidores adulado!
»No les llameis perrerías
»á las humanas vilezas,
»que un perro, ¡solo finezas
»tiene en las tristezas mías!
»Para dilatar mis días,
»—de la vanidad testigo—,
»dándome el monte su abrigo,
»monarca siempre seré,
»pues en mi perro encontré
»fiel vasallo y buen amigo».

José M.^a CODOLOSA



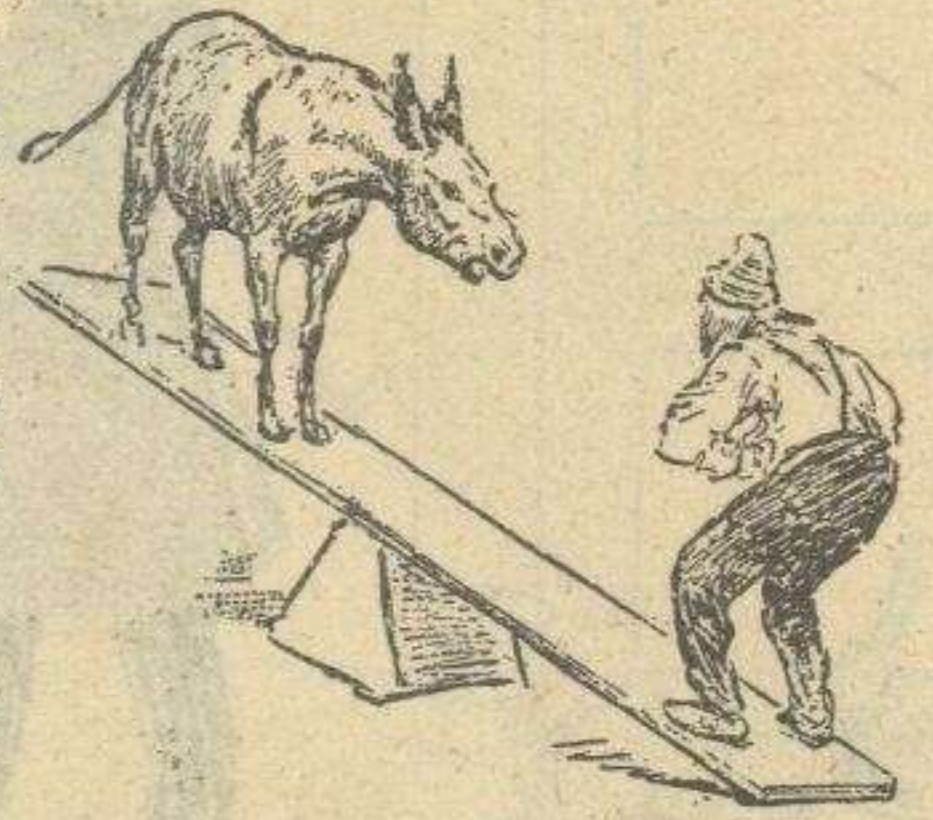
Propuso á su amigo Lucas
el jugador Bonifacio,
jugar con él á las billas
dos partidas, *mano á mano*.
Y aquel, que muy pocas veces
se ha visto en la mano un taco,
no queriendo caer de *primo*,
le dijo un poco amoscado:
—Lo que es contigo no juego
aunque me des quince palos.

EDUARDO GUILLAR

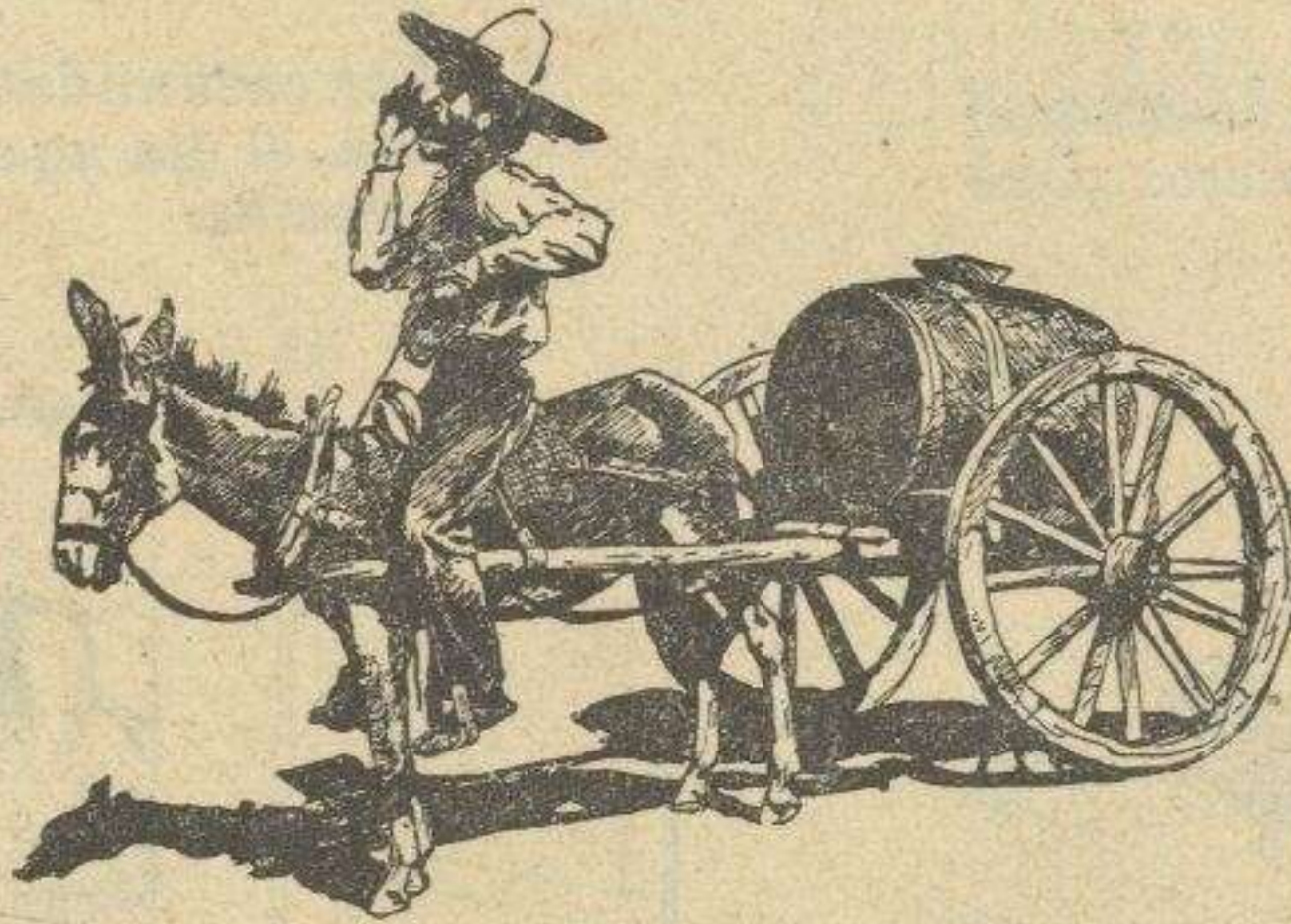
¡Anda, morena!
¿Pues no nos suprimen los peatones-correos de los pueblos de poca importancia?

Pues señor: si todas las cartas que escribíamos antes habían de pasar indefectiblemente, antes de llegar á su destino, por Villafiliche, Villatuerta, Villapobre, etc., etc. ¿por donde van á pasar ahora, que les suprimen todas esas estaciones de descanso, las de los etcéteras inclusive?

Si les quitan la ruta consabida, diremos ahora, parodiando á aquel: la mitad de las cartas que se escriban se tendrán que perder.



En Cuba, un aguador que ha fallecido casi recientemente, según dice la prensa que he leído, —y la prensa no miente.— ha dejado á sus pobres herederos tentos y patitiosos, y casi les ha dejado... ¡caballeros! ¡medio millón de pesetas! Y hace poco que allí, también, por de lo mismo, lo mismo que él ha murido otro, que dejó precisamente otro medio millón exactamente. Si es que quieres ser rico, buen Macario, hazte en Cuba aguador y... millonario.



En Chicago, donde, desde la famosa Exposición, se están celebrando los concursos más extravagantes, se celebra actualmente uno de sombreros de copa, al objeto de convencer á la humanidad



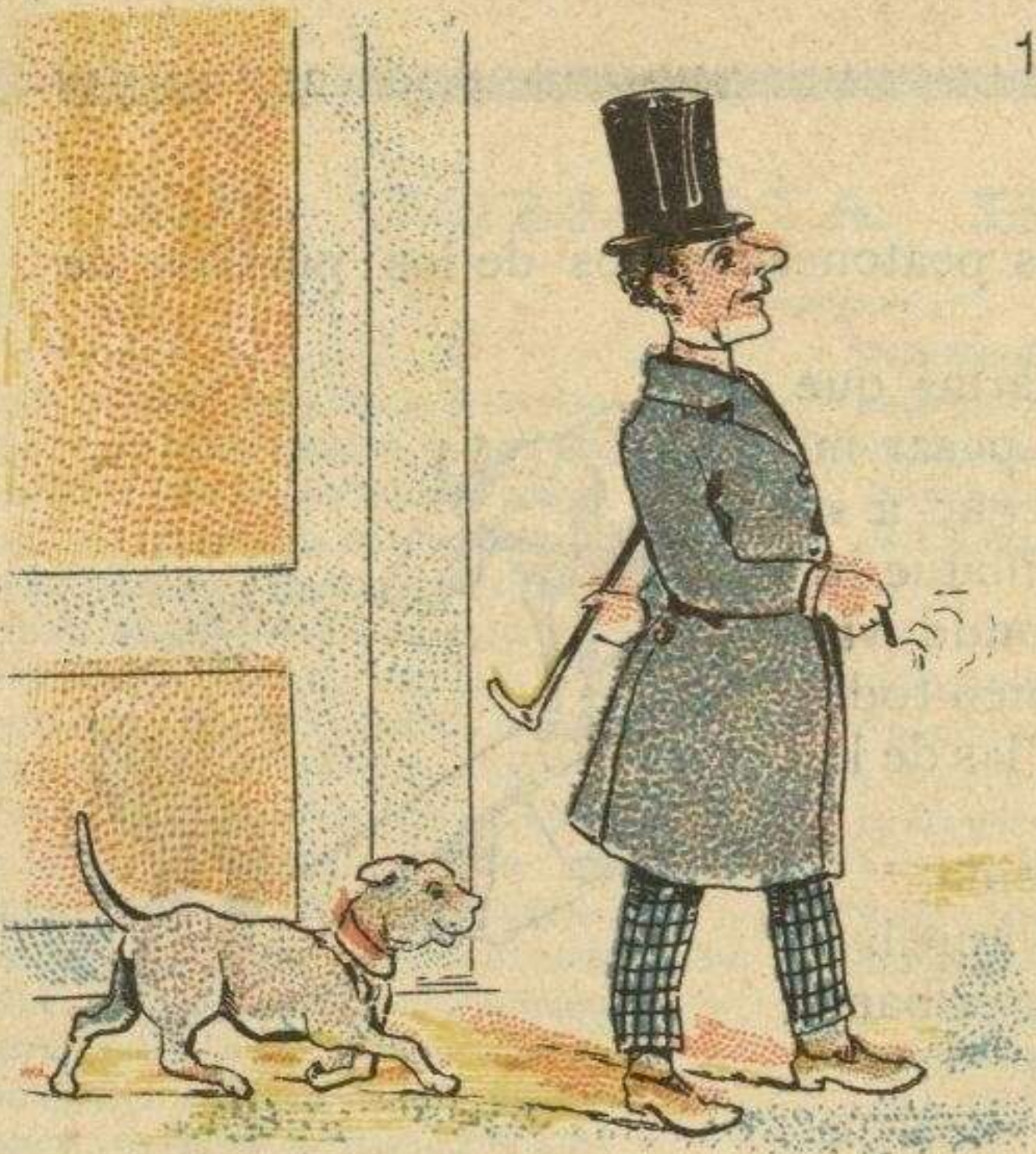
ensombrerable de que el tal artefacto, como diría aquel defensor de la Higinia, es la prenda más barata, más cómoda y más higiénica, de cuantas han llevado sobre la frente los hombres, sean ó no sean maridos.

Ustedes, acostumbrados á las cosas de España, pensarán, de seguro, que ese concurso lo habrá organizado algún sombrerero que ha llegado á concejal, y piensa hacer su agosto aunque sea en Septiembre, ¿verdad?

Pues pensarían muy mal, porque, por lo que yo infiero, ha sido algún concejal que ha llegado á sombrerero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- K. D. T.—Barcelona.—¿Ciruela de mis amores? Hombre: eso podrá ser verso, pero comparar á una mujer á una ciruela, por más que á Vd. le guste muchísimo esa fruta, me parece que es rebajar demasiado á la poesía... y á la interfecta.
- L. M.—Valencia.—Cáñamo y cañamón no tienen más derecho, para tratarse como asonantes, que el criarse en la misma planta. Y ya vé Vd que eso no basta.
- M. N.—Barcelona.—Deducir, porque no admito immoralidades, que soy Padre de familia, no es discurrir con lógica. Máxime en una cosa tan delicada, que solo podría saber mi mujer, si la tuviera.
- T. V. O.—Madrid.—Yo también te ve-o—y ya es la segunda vez,—las orejas y todo. Aquel.—Barcelona.—¿Congrio y ágrio consonantes? Podría crearlo si me enseñara Vd. una bula especial del Papa.
- A. L. M.—Madrid.
¿Una oda en serio al amor,
y es usté un modesto vate?
No la quiero, no señor;
¡ni con magras con tomate!
- M. Gomez.—Lugo.—Yo siento muchísimo que la ausencia de esa ingrata le acabe á Vd. la vida. Pero supongo que no á todo el público le han de interesar sus tristezas, y, por ahora, me abstengo de publicarlas.
- P. Pet.—Valencia.—Aprovecharé algo cuando tenga tiempo de elegir y retocar algo.
(Quedan más cartas por contestar.)



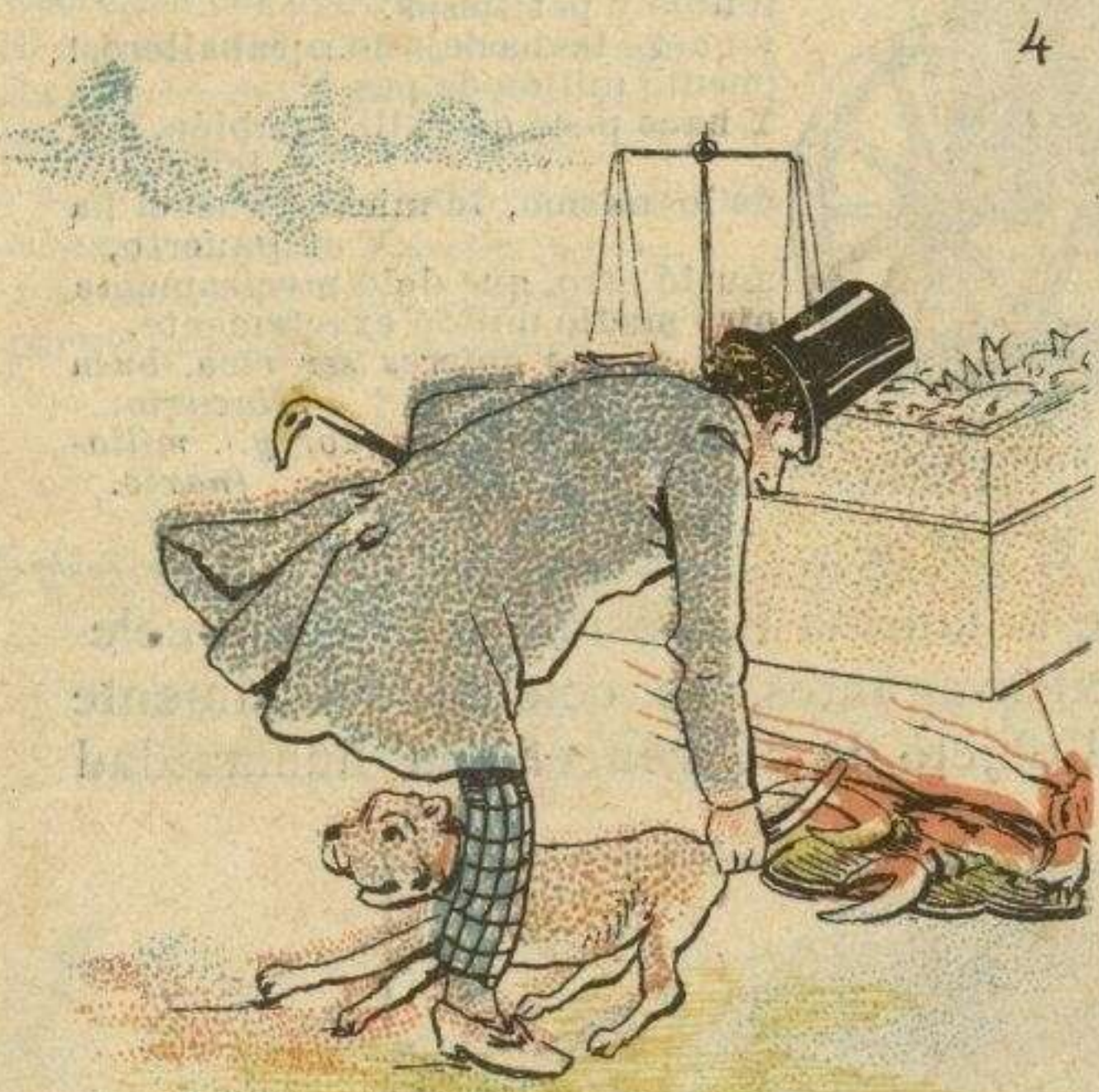
1.—D. Procopio salió de su casa aquel día, pensando para su coeto: ¿Qué voy á comer hoy?



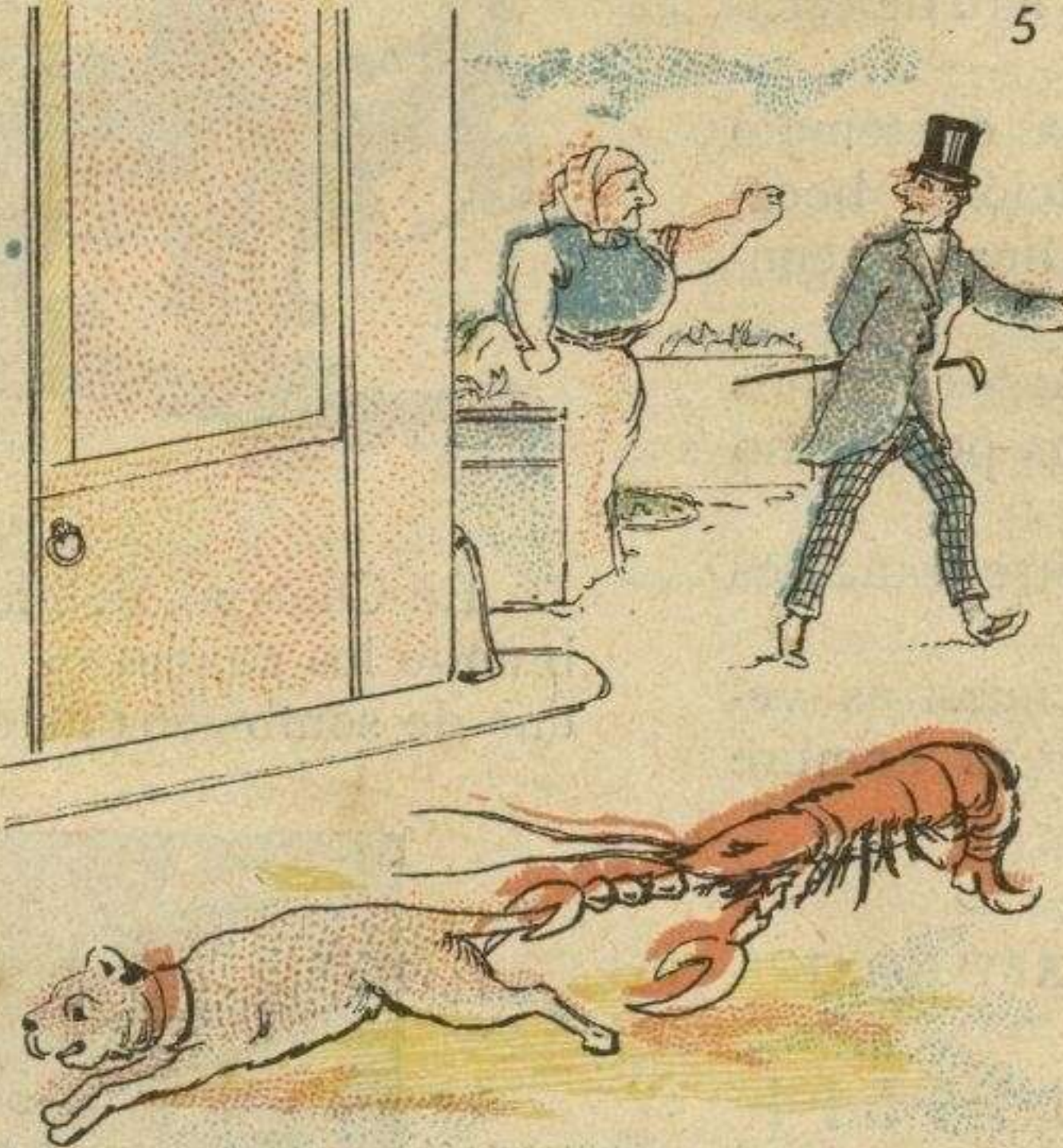
2.—Por casualidad, habia en la pesqueria, el día aquel, unas magnificas langostas.



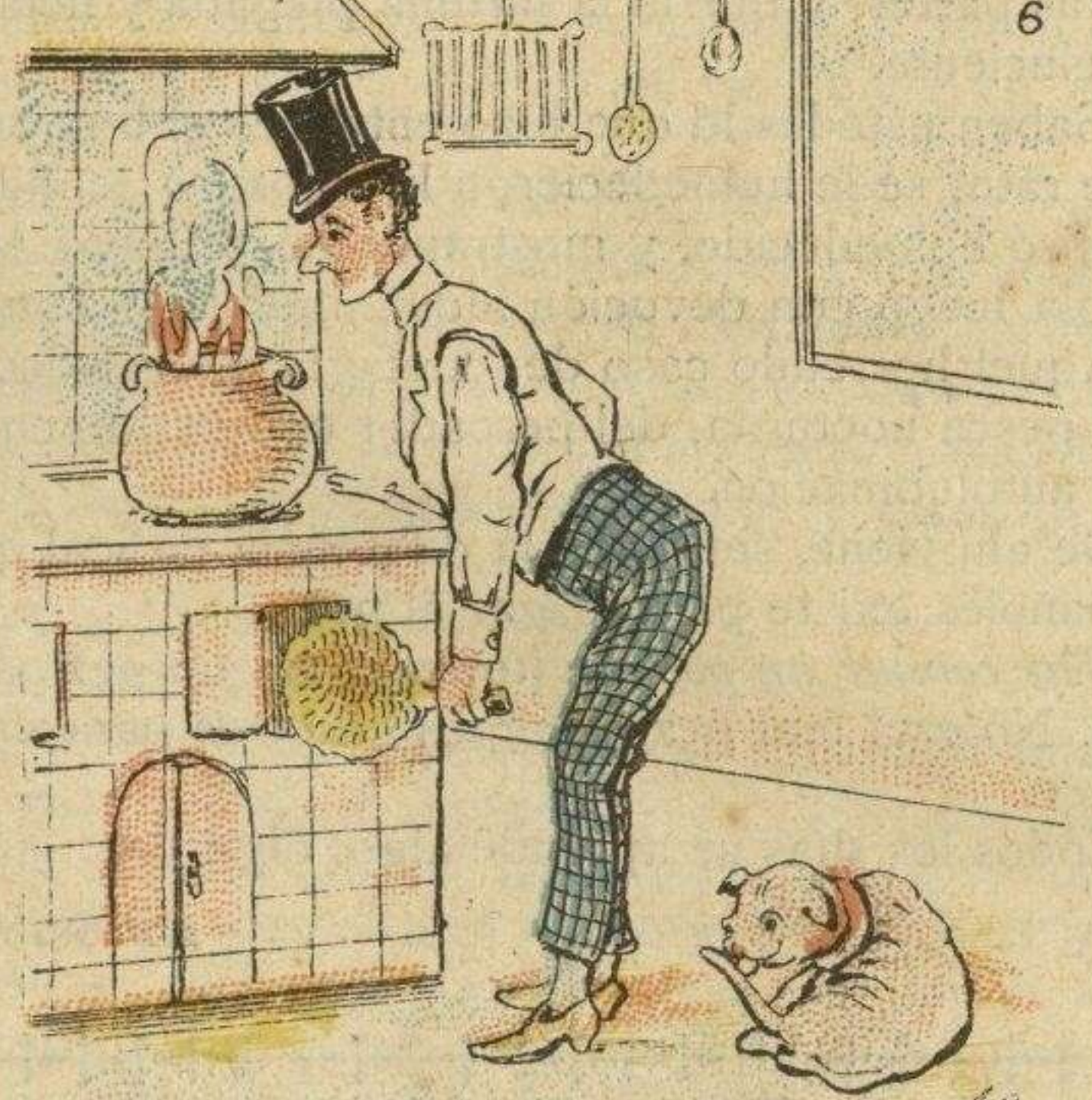
3.—Asi es que, al verlas, concibió una idea sublime.



4.—Cuya idea fué, molestar á los animalitos, con la mejor intención, hasta conseguir que uno de ellos se enganchara á la cola del perro,



5.—que, al verse cogido, emprendió una carrera rapidisima, tan rápida como la que detrás de él emprendió don Procopio.



6.—Hasta llegar á su casa, donde, gracias á su ingenio pudo desayunarse con una magnífica langosta, pescada por él, aunque pescada en seco.

TALLERES DE TIPO-LITOGRAFIA

ENCUADERNACIONES, RELIEVES

Y CASA EDITORIAL

BUSQUETS HERMANOS

Calle del Olmo, núm. 8

BARCELONA

VERMOUHT UNIVERSAL

MANSIO

PREMIADO EN TODAS LAS EXPOSICIONES

FABRICA EN SANS

CALLE DE COLÓN, N.º 88

Depositaris Exclusivos en España

DE LOS ACEITES,

grasas y desincrustantes

MARCA FENIX

Correas, Empaquetaduras, Gomas

Algodones, Amiantos, etc.

BUSQUETS Y TORRA

Importación directa de aceites minerales

de Rusia y América

BILBAO, BAIEN. 11

(Teléfono n.º 638)

PLUMA Y LAPIZ

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS JUEVES

SUSCRIPCIONES

Barcelona.	trimestre	2	Pesetas
Provincias..	semestre	4	
Ultramar y extranjero	un año	13	

TODOS LOS PAGOS POR ADELANTADO

CORRESPONSAL EN MADRID

para la venta de números corrientes y atrasados

D. ANTONIO FERNÁNDEZ.— MAYOR, 2 y 4

CORRESPONSAL EN BUENOS AIRES

D. EMILIO A. COLL.— Calle de Chile, número 2184